

lán. Son emprendedores y peligrosos, atrevidos y galantes.

»Tened cuidado con ellos, mi hermosa Esperanza.

»Pensad en que os amo y en que sois mi novia, casi mi mujer.

»¡Tan solo por salvar á nuestro país podría separarme de vos! pero no veo, si he de hablar con sinceridad, en qué contribuyo á su salvación.

»VINCENZO.»

IV

El excelente Vincenzo, tenía razón en temer. Sus amores corrían el mayor de los peligros, mientras el tren auxiliar erraba al azar por las llanuras de Lombardía, llevado como un naufrago de una ola á otra, de una villa á una aldea, de una colina á un valle, de un cuerpo de ejército que le miraba con curiosidad, á otro ejército imaginario y fantástico, que el burgués de Monza perseguía con obstinación patriótica—para no llegar jamás á él—inútil y ridícula, si es que el ridículo puede existir en la abnegación, el teniente de granaderos continuaba sin descanso el sitio de la encantadora Esperanza.

Tenía prisa.

Batalla con contemplaciones, batalla perdida.

Esperanza había dicho al despedirse de ella el brillante y hermoso oficial:

—Esta noche.

El se hubiera guardado muy bien de faltar á la cita.

La joven le esperaba con el pensamiento en lo ideal, sentada en el balcón.

Enriquetita, muy cansada por sus idas y venidas por entre la multitud, dormía el dulce y profundo sueño de los niños. La vieja Bárbara trabajaba con las demás mujeres del barrio en los preparativos de la fiesta del día siguiente.

El ejército francés podía estar satisfecho. Se confeccionaban coronas de flores y de follaje banderas destinadas á empavesar las casas y se cubrían las fachadas con todo lo que Milán poseía para colgar.

Era un furor de alegría, una explosión de patriotismo exaltado y triunfante.

Circulaban las noticias más extravagantes. Se anunciaba la precipitada retirada de los austriacos, la evacuación del suelo de la patria y la liberación del territorio.

Estos rumores eran fundados en parte.

La noche era soberbia y de indescriptible dulzura. Ni una nube. Las estrellas brillaban como diamantes en el azul profundo del firmamento.

A las diez llegó el teniente. Inútil es advertir que iba solo. El bueno del comandante Orlando, su fiel amigo, había vaciado más de un frasco de Chianti y de otros vinos generosos. El corso permanecía fiel á su compañera en medio de las más violentas tentaciones. ¡Y solo Dios sabe las que Milán reservaba en aquellas horas de gloriosa demencia! Pero le faltaban las fuerzas para resistir á las seducciones del licor tan celebrado por los poetas.

El Falerno de Horacio le hubiera embriagado más pronto que los hermosos ojos de cortesanas romanas y los encantos de las esclavas griegas.

En una palabra, el comandante estaba *alegre*, y si el teniente, á pesar del amor que le trasportaba, no se había presentado antes en la calle de los Capuchinos, era que había tenido que prestar á su amigo el servicio de llevarle á su alojamiento.

Desde que Esperanza, temblorosa, notó la presencia del enamorado francés, quiso huir. Tenía miedo de sí misma y de su propia debilidad.

Entonces hubo una escena, que se repite amenudo desde la creación.

Nada hay nuevo bajo el firmamento, sobre todo cuando se trata de la eterna y siempre joven historia del amor.

Esperanza se estremecía de placer y de temor al lado del nuevo Don Juan.

Su corazón palpitaba; pero su pudor trataba de detenerla, y se parecía al pájaro que agita las alas por encima de un surco, y no se decide á posarse en él.

La resistencia de Esperanza irritaba al teniente.

Empleó para vencerla todas las fórmulas que la experiencia le había enseñado: súplicas y juramentos, juramentos y súplicas.

—Os amo, os adoro, os amaré toda mi vida. —siempre—la decía.

Este siempre, que desempeñaba un gran papel en el juego del oficial, no debía durar más que el tiempo que el tercer batallón permaneciese en Milán. ¡Y, según todas las apariencias, veinticuatro ó cuarenta y ocho horas después los granaderos estarían lejos de allí!

A decir verdad, Desmares encontraba á Esperanza tentadora, admirable, halagadora para el amor propio de un amante.

Parecía creada para inspirar amor, para in-

filtrar en el corazón esas fogosas locuras á que se abandonan los mortales desde la creación; ¿pero podía él, en su cometido de soldado, llevar consigo una mujer? Este era un proyecto insensato.

Esperanza se abandonaba lo bastante para embriagarlo, demasiado poco para extinguir el fuego que ardía en sus venas.

—¡Oh! ¡vivir contigo!—murmuraba ella—;seguirte, no dejarte jamás, ser tu esclava, qué felicidad! ¿Quieres?

Lo que él quería era cogerla en sus brazos, besarla con frenesí.

Pero ella no se lo permitía.

—¡No, no; eso no está bien!

—¿Por qué?

—¡Me abandonarías después!

—¡Te amo con furor!

—Esta noche; pero mañana...

—¡Mañana, y siempre, como hoy!

—¡Mentira!

El brillo de los hermosos y húmedos ojos de la joven, le hacía estremecerse.

—¡Júrame que no me dejarás—le repetía ella,—que me llevarás contigo, que seré tu mujer!

Una palabra le hubiera bastado para vencerla; pero su lealtad se resistía á pronunciarla.

Por fin, incomodado consigo mismo, exasperado contra Esperanza, dejó la calle de Capuchinos, jurando no volver más á ella.

La pobre niña le había dicho con las lágrimas en los ojos:

—¿Volverás?

—¡Jamás!

La joven oyo el ruido de sus pasos al alejarse por la calle, le vió desaparecer, apoyada en el pilar de la puerta para no caer desfallecida, y se volvió á su cuarto, en donde se dejó caer de rodillas á los pies de la *madona* de barro, cerca de la cual se extinguía una lamparilla.

Vincenzo estaba salvado.

Pero no debía perder nada por esperar.

Estaba predestinado.

El teniente, de regreso al alojamiento y al lado de su amigo, renegaba de Esperanza y se juraba no volverla á ver.

Lamentaba amargamente el haber dejado los salones del príncipe para correr al lado de una muchacha, encantadora, sin disputa, pero asaltada de escrúpulos y soñando en amores sin fin y en uniones indisolubles.

En casa del príncipe, al menos, hermosas mujeres jóvenes, con los hombros desnudos, consteladas de diamantes, estaban dispuestas á recibir bien á aquellos caballeros generosos, que exponían su vida por ellas y por la patria italiana.

Había dejado lo cierto por lo dudoso y no volvería á presentársele la ocasión que tan tontamente había dejado escapar aquella noche.

Pero al día siguiente, desde el amanecer que estaba despierto, sus ideas seguían un rumbo distinto.

Veía á Esperanza cien veces más hermosa y mil veces más seductora.

La quería á cualquier precio, aunque tuviese que sacrificar su libertad y ceder á sus caprichos.

Después de todo, ¿dónde iba á encontrar una muchacha tan perfecta? En su vida, ni en París, ni en ninguna de las guarniciones en que había estado, había visto cosa que se le pareciese.

No llevaba brillantes, pero con su corpiño, su falda corta y su atavío de doncella de teatro, tenía mil veces más atractivos que las marquesas y las millonarias de los salones milaneses.

Se censuraba amargamente su dureza cuando Esperanza le suplicaba tan cariñosamente que volviera, y la había contestado:

—¡Jamás!

Sometió el caso á su amigo Orlando, que estaba aun bajo el influjo del Chianti.

El bueno del comandante le aconsejó que jurase todo lo que se le exigiese que jurase.

Y salieron cogidos del brazo por la calle de Orfebres, en que estaban alojados.

Desde por la mañana la efervescencia de Milán llegaba al colmo.

Por todas partes se veían arcos, banderas italianas y francesas unidas, confundiendo sus colores.

Por todas partes se oían cánticos y gritos de alegría.

La historia registra esta memorable jornada. Su recuerdo vive en todos los corazones italianos.

Desmares y el comandante Orlando, confundidos entre la multitud, asistieron como curiosos á la entrada triunfal de los aliados.

El teniente no buscaba entre la multitud, en que le costaba trabajo hacerse lugar, más que el rostro de Esperanza.

Por fin consiguió verlo en la calle de San Damiano, á donde había ido á respirar, lejos del lugar en que se oprimía la multitud.

La pobre niña salía de Santa María de la Pasión, á donde había ido á ofrecer un cirio á la madona para obtener de ella el olvido de aquel amor.

Al ver á los dos amigos, su rostro se iluminó como una pradera bajo un rayo de sol, y después palideció de pronto.

Estuvo á punto de desvanecerse, se llevó la mano al pecho y se vió obligada á apoyarse en la pared de una casa.

El teniente se lanzó con precipitación hacia ella y la recibió en sus brazos.

El corso, furioso de la debilidad de las mujeres, porque él no se aprovechaba de ella, hizo un signo de inteligencia á su amigo y desapareció.

Desmares, electrizado, murmuró al oído de Esperanza las más ardientes protestas.

La hizo todos los juramentos posibles y se comprometió á todo lo que ella quiso, pues había llegado á no saber siquiera lo que pensaba.

Acompañó á la joven, sosteniéndola, á la calle de Capuchinos.

Allí se apoderó de ella, como de una presa, y desaparecieron bajo las parras del balcón.

¡Si Vincenzo hubiese estado por allí oculto, se hubiese muerto de estupor y de celos; pero en aquel momento, Vincenzo se perdía hacia Gazzano, siguiendo su tren, sobre cimas escarpadas y cubiertas de bosques semejantes á los de Córcega.

Bárbara y Enriquetita, retenidas por la multitud, no hubieran podido desprenderse de ella ni por un millón de piastras. El cañón retumbaba en las murallas y Milán lanzaba clamores capaces de hacer levantar á los muertos de sus tranquilas y oscuras tumbas.

Esperanza y el teniente no oían nada. No vivían en este mundo; estaban en el paraíso de los dorados ensueños, en el cielo del amor.

V

Cuando á eso de la media noche entraba el teniente de nuevo en su alojamiento, que era la casa de un joyero de la calle de Orfebres, lanzado de casa de Esperanza por el regreso de su *guardiana* y de Enriquetita, estaba en toda la embriaguez de su conquista.

Las melodiosas palabras que acababa de oír, *¡mia gioia!, ¡mia vita!* acariciaban aún sus oídos, como una brisa de mayo.

Despertó al corso, que dormía un sueño tanto más pesado cuanto que los cocineros de la ciudad le habían obsequiado con los pasteles más suculentos, para celebrar su visita.

—¡Ah, comandante!— exclamó.—¡Qué tesoro!... ¡Qué angel del cielo!... ¡Qué mujer!

Orlando murmuró algunas imprecaciones contra los enamorados y conminó á su inferior á que le imitara, acostándose, porque era preciso cobrar fuerzas para el día siguiente.